

VASILY GROSSMAN

El pueblo es inmortal

Galaxia Gutenberg

La edición original de esta obra en lengua española fue publicada por Ediciones en Lenguas Extranjeras en Moscú en 1946. El presente volumen recupera íntegramente esa traducción revisada y corregida, así como una actualización de Andrei Kozinets que se basa en el manuscrito original del autor e incluye el texto previamente censurado y eliminado.

Traducción del ruso

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2023

© The Estate of Vassili Grossman, 2023
de la introducción, epílogo y sus notas: © Robert Chandler y Julia Volohova, 2022
de la traducción de la introducción, Orden núm. 270,
listado de personajes y epílogo: © Amelia Pérez de Villar, 2023
© de la traducción de los fragmentos añadidos en esta edición
y las notas al texto principal: Andrei Kozinets, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 12643-2023
ISBN: 978-84-19738-02-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Listado de personajes

(No se incluyen los personajes a los que se menciona una sola vez.)

ALTO MANDO MILITAR

Víktor Andréyevich Yeriomín	Teniente general, jefe del frente C-en-C
Cherednichenko	Comisario de división y miembro del ejército del Frente
Iliá Ivanóvich	General, jefe del Estado Mayor
Piotr Eféimovich	Coronel, jefe de operaciones, ayudante del jefe del Estado Mayor
Mursijín	Ordenanza
Orlovski	Comisario de batallón, secretario del Soviet
Samarin	General, comandante de una agrupación del ejército

PUEBLO DE MARCHÍJINA BUDA

Cherednichenko, María Timoféyevna (su nombre evoca el de Matriona Timoféyevna, una de las heroicas campesinas del largo poema narrativo de Nekrásov, *Quién es feliz en Rusia*)

Lioña	Nieto de María Timoféyevna
Grischenko	Presidente del koljós
Serguéi Ivanov	campesino antisoviético
Kotienko	
Vasili Kárpovich	Pastor

CUARTEL GENERAL DEL REGIMIENTO

Petrov	Coronel, comandante de división
Mertsálov	Mayor, comandante de regimiento
Semión	Jefe del Estado Mayor de Mertsálov
Guermóguenovich	
Kudakov	
Kochetkov	Mayor, comandante del primer batallón
Babadzhanián	Capitán, comandante del segundo batallón
Mishanski	Teniente, ayudante del jefe de Estado Mayor
Koslov	Teniente al mando de un pelotón de reconocimiento
Serguéi Aleksándrovich Bogariov	Comisario de batallón
Kosiuk	Teniente, comandante de la compañía de ametralladoras

UNIDAD DE OBUSES

Vasili Rumiántsev (Vasia)	Capitán, oficial al mando de la unidad
Serguéi Nevtúlov (Seriozha)	Comisario de la unidad
Klenovkin	Teniente

BATALLÓN DE BABADZHANIÁN

Semión Ignátiev	Soldado de la primera compañía de fusileros
La vieja Bogachija	Anciana del pueblo de Ignátiev que ha sido su mentora
Marusia Pesóchina	Prometida de Ignátiev
Vera	Una bella joven refugiada que está en Gómel
Sedov	Amigo de Ignátiev que anteriormente fue mecánico en Moscú
Iván Rodímtsev	Koljosiano de Riazán; amigo de Ignátiev
Zhaveliov	Soldado de la primera compañía de fusileros

I

Agosto¹

Aquella tarde del verano de 1941, la artillería pesada avanzaba en dirección a Gómel. Las piezas eran tan enormes que hasta los expertos soldados del convoy, habituados a todo, contemplaban con interés las colosales trompas de acero. El aire vespertino estaba saturado de polvo, que cubría de una capa gris los rostros y la ropa de los artilleros, y les inflamaba los ojos. Sólo algunos marchaban a pie; los más iban sentados en las piezas. Uno de los combatientes bebió agua de su casco de acero y las gotas rodaron por su barbilla; sus dientes, humedecidos, brillaban, y parecía que reía, pero no era así. Su rostro reflejaba concentración y cansancio.

—¡Aviones! —gritó con voz estentórea el teniente que marchaba en cabeza.

Dos aviones volaban raudos hacia la carretera por encima de un pequeño robledal. Los hombres, preocupados, los siguieron con la vista e intercambiaron opiniones:

—¡Son nuestros! Es un «borrico».²

—No, son alemanes: será un Junkers o un Heinkel.

Y como siempre en estos casos, alguien dio muestras de la agudeza nacida en el frente:

—Son nuestros, son nuestros. ¿Dónde está mi casco?

Los aviones volaban en perpendicular al camino, claro indicio de que eran soviéticos. Los aviones alema-

nes, por lo general, al divisar una columna tomaban un rumbo paralelo a la carretera con el objetivo de ametrallarla o bombardearla con proyectiles de poco calibre.

Poderosos tractores arrastraban los cañones por la calle de la aldea. Entre las casitas de adobe encaladas y los pequeños jardincillos poblados de ondulantes centauros doradas y de peonías rojas, llameantes a la luz crepuscular; entre las mujeres y los viejos barbicanos sentados en los bancos de tierra, entre el mugido de las vacas y los ladridos de los perros, los enormes cañones, que avanzaban por la aldea sumida en el sopor de la tarde, ofrecían un aspecto extraño y fantástico.

Junto al pequeño puentecillo, que gemía bajo el terrible y desacostumbrado peso, se hallaba estacionado un coche ligero, esperando a que acabasen de pasar los cañones. El chófer, por lo visto habituado a tales detenciones, fumaba un cigarrillo de liar mientras contemplaba sonriente al artillero que bebía agua del casco. El comisario de batallón sentado a su lado se limitaba a mirar de vez en cuando hacia delante, esperando ver aparecer la cola de la columna.

–Camarada Bogariov –dijo el chófer con acento ucraniano–, ¿no sería mejor pernoctar aquí? La noche se nos echa encima.

El comisario negó con un movimiento de cabeza.

–No, tenemos que darnos prisa –respondió–; debo llegar hoy sin falta al Estado Mayor.

–De todos modos, de noche no podremos avanzar por estos caminos y nos tocará dormir en el bosque –indicó el chófer.

El comisario soltó una carcajada.

–¿Qué te ocurre, te han entrado ganas de beber un poco de lechecita?

–¡Pues claro! ¡No nos vendría mal beber leche y comernos unas patatas fritas!

–Y un ganso asado –añadió no sin ironía el comensario.

–¡Pues claro! –respondió el chófer con jovial entusiasmo.

–Dentro de tres horas tenemos que haber llegado al Estado Mayor, sin importar la oscuridad ni el estado de las carreteras.

Poco después, el coche se lanzaba por el puente. Unos chiquillos aldeanos rubios e incansables corrieron tras él, pisando silenciosamente el polvo con sus pies descalzos como si caminaran por el agua.

–¡Tiitos, tiitos –gritaban–, cojan unos pepinos, cojan unos tomates, cojan unas peras! –Y tiraban por la ventanilla abierta del auto pepinos y peras todavía sin sazonar. Bogariov saludó a los pequeños agitando una mano y, en aquel mismo instante, un escalofrío de emoción recorrió su cuerpo. Era habitual en él experimentar aquel sentimiento de aflicción y ternura al ver cómo los pequeños campesinos despedían al Ejército Rojo en retirada.

Antes de la guerra, Serguéi Aleksándrovich Bogariov era profesor de marxismo-leninismo en uno de los institutos de enseñanza superior más importantes de Moscú. Como sentía una ferviente vocación por la investigación básica, trataba de dedicar el menor número posible de horas a las clases. Concentraba todo su interés en un trabajo científico que había emprendido hacía dos años. Dicha investigación era seguida con gran interés por los dirigentes del Instituto Marx-Engels-Lenin. En un par de ocasiones, fue convocado a reuniones por el Comité Central del Partido en las que expuso algunas conclusiones previas de la investigación. Se trataba de sentar las bases teóricas del principio colectivo de la labor indus-

trial y agrícola en Rusia. Su esposa estaba disgustada con él porque pasaba poco tiempo con la familia: marchaba de casa antes de las nueve de la mañana y no regresaba hasta las once de la noche. Después de volver del trabajo, se sentaba a cenar, sacaba de su cartera algún manuscrito y se enfrascaba en su lectura. Ante las preguntas de su mujer sobre si le gustaba la cena, si no le faltaba sal a la tortilla, él le contestaba lo primero que se le venía a la cabeza. La mujer unas veces se enfadaba y otras se reía, pero Bogariov le decía invariablemente: «Sabes, Lisa, hoy he sentido un verdadero placer leyendo unas cartas extraordinarias de Marx dirigidas a Lafargue: las acaban de encontrar en un viejo archivo». Entonces, se ponía a explicarle el contenido de las cartas. Ella lo escuchaba hablar, dejándose llevar involuntariamente por su interés y apasionamiento. Ella lo amaba y estaba orgullosa de él porque sabía cuánto lo apreciaban y valoraban sus compañeros de trabajo y cuánto entusiasmo mostraban al mencionar la pureza, la entereza y la transparencia de su carácter.

Su ineptitud para las cosas prácticas y su incapacidad de abordar las cuestiones menores de la vida cotidiana, enternecían a Yelisaveta Vlásievna. Cuando en verano, una vez acababa el curso académico, se iban de vacaciones al balneario de Teberda en el Cáucaso, ella se encargaba de todas las gestiones relacionadas con los trámites del viaje, la adquisición de billetes, la reserva del taxi y la contratación del mozo de cuerda: Serguéi Aleksándrovich, que, en su trabajo o en el curso de un debate, sabía mostrarse inflexiblemente voluntarioso y perseverante, demostraba ser totalmente inútil a la hora de tener que afrontar todos aquellos quehaceres elementales.

Al estallar la guerra, Serguéi Aleksándrovich Bogariov se convirtió en el jefe de la Sección de Propaganda

entre las fuerzas enemigas, aneja a la Dirección Política del Frente. Había momentos en que añoraba las frías salas del archivo del instituto, su escritorio atestado de papeles, la lámpara de despacho, el chirrido de las ruedecillas de la escalera que la bibliotecaria movía de una estantería a otra. A veces, en su cerebro surgían determinadas frases de su trabajo inacabado, y entonces se ponía a meditar sobre las cuestiones que tan viva y ardentemente le habían apasionado a lo largo de su vida.

El coche avanzaba por uno de los caminos de la zona de guerra. Nubes de polvo flotaban sobre esos caminos: polvo oscuro color ladrillo, polvo amarillento, gris, fino, polvo levantado por cientos de miles de botas militares, las ruedas de los camiones y las orugas de los tanques, los tractores y los cañones, las pezuñas de las ovejas y de los cerdos, las manadas de caballos de labor y los numerosos rebaños de vacas, los tractores koljosianos y los desvencijados carros de los refugiados, los *laptis*³ de los campesinos y los zapatitos de las muchachas evacuadas de Bobruisk, Mosir, Zhlobin, Shepetovka y Berdichev. Ese polvo envolvía Ucrania y Bielorrusia, flotaba sobre el territorio soviético, confería a todos los rostros un tinte cadavérico. De noche, el resplandor de las aldeas en llamas teñía el oscuro cielo agosteo de un rojo siniestro. El ruido ensordecedor de las explosiones de las bombas de aviación retumbaba en los sombríos robledales y pinares, en los bosques de abedules, en las trémulas pobedas; las balas trazadoras, verdes y rojas, respunteaban el tupido terciopelo celeste; relampagueaban los fogonazos de los obuses antiaéreos; en la tenebrosa altura se oía el monótono zumbido de los Heinkel, cargados de bombas, y parecía que el ronquido de sus motores decía

«tra-i-go, trai-i-go»... Los ancianos, las viejas y los niños de las aldeas y caseríos acompañaban a los combatientes en retirada y les decían: «Bebe un poco de leche, querido. Come un poco de requesón. Toma un pastelillo, unos pepinillos para el trayecto, hijito...».

Regueros de lágrimas eran los ojos de las viejas, que entre miles de rostros graves, cansados y cubiertos de polvo buscaban el de sus hijos. Extendían las manos, que sostenían pequeños paquetes con regalos, y suplicaban: «Toma, toma, querido; os quiero a todos como a mis hijos».

Serguéi Aleksándrovich Bogariov llevaba cincuenta días recorriendo los caminos de la guerra. A veces se preguntaba: «¿Qué queda ahora mismo de mi vida anterior a la guerra, de mi esforzada labor de oro, de aquellas alegrías y decepciones, de las ideas y de las páginas manuscritas?».

Las hordas alemanas, cuyos individuos se contaban por millones, avanzaban desde occidente. Sus tanques exhibían como emblema calaveras con tibias cruzadas, dragones verdes y rojos, bocas de lobo, colas de zorro y cabezas de ciervo. Cada soldado alemán llevaba en sus bolsillos fotografías del París vencido, de la Varsovia destruida, del Verdún deshonrado, del Belgrado reducido a cenizas, de Bruselas y Ámsterdam, de Oslo y Narvik, de Atenas y Gdynia invadidos. Los oficiales guardaban en sus carteras de bolsillo fotografías de chicas y mujeres alemanas con bucles y rizos, vestidas con pantalón de pijama a rayas; cada oficial llevaba sus amuletos: cascabeles de oro, hilos con corales, muñequillos de serrín con pequeños ojos de cristal. Cada uno de ellos poseía un diccionario militar alemán-ruso de bolsillo, con frases obvias y estereotipadas: «¡Manos arriba!», «¡Alto!», «¿Dónde está tu arma?», «¡Ríndete!». Cada

soldado alemán se sabía de memoria las palabras «leche», «pan», «huevos», «coco» y «traiga, traiga» en un ruso chapurreado. Venían de occidente, seguros de la grandeza e invencibilidad de la Alemania fascista después de conquistar Dinamarca en menos de un día, Polonia en diecisiete días, Francia en treinta y cinco, Grecia en ocho,⁴ Países Bajos en cinco, y convencidos de que necesitaban no más de setenta y cinco días para subyugar Ucrania, Bielorrusia y la gran Rusia.

Y decenas de millones de hombres se alzaban para hacerles frente, hombres venidos del límpido Oká y del ancho Volga, del sombrío y amarillento Kama, del espumoso y helado Irtysh; de las estepas de Kazajistán y de la cuenca del Donetsk; de las ciudades de Kerch, Astrakán y Vorónezh. El pueblo organizaba su defensa: decenas de millones de brazos fieles cavaban zanjas antitanque, trincheras, refugios y pozos; los susurrantes bosques y arboledas inclinaban dócilmente sus troncos, obstaculizando las carreteras y los soñolientos caminos vecinales; las alambradas envolvían los territorios de las fábricas y empresas; las barras de hierro se transformaban en erizos antitanque, cerrando las plazas y calles de nuestras pequeñas y queridas ciudades, llenas de verdor.

A veces, a Bogariov le extrañaba la facilidad y rapidez con que había sido capaz de alterar el rumbo de su vida anterior. Le satisfacía haber podido conservar su calmoso raciocinio en una situación tan grave, y haber sabido obrar enérgica y eficientemente. Y aunque consideraba que esto era lo principal, también veía que las vicisitudes de la guerra no le habían cambiado, que seguía siendo el mismo de antes, que había conseguido salvaguardar su mundo interior. La gente confiaba en él, le estimaba y sentía la fuerza de su espíritu lo mismo que antaño, cuando sentaba cátedra en los de-

bates filosóficos. Se alegraba por lo inquebrantable de su fe, diciéndose a menudo: «Mis estudios de la filosofía marxista no fueron en vano: su dialéctica revolucionaria fue una buena instrucción de orden cerrado para afrontar esa guerra en la que las civilizaciones más antiguas de Europa se han venido abajo». No obstante, el puesto que desempeñaba no le satisfacía; juzgaba que no mantenía un contacto bastante estrecho con los soldados –la palanca principal en la guerra– y quería dejar la Dirección Política para integrarse en las filas del ejército de operaciones.

Con frecuencia, una de sus funciones consistía en interrogar a los prisioneros alemanes –en su mayoría cabos y suboficiales–, y observaba que el sentimiento de odio hacia el fascismo, que no le abandonaba ni un solo instante, se transformaba durante los interrogatorios en desprecio y asco. En la mayor parte de los casos, los prisioneros se mostraban cobardes: en el acto y sin reticencias declaraban el número de su unidad y el armamento que utilizaban, aseveraban ser obreros, simpatizantes con el comunismo que, incluso, habían estado en la cárcel por sus convicciones revolucionarias, y todos exclamaban unánimes: «*Hitler kaput, kaput!*», a pesar de que era evidente que en su fuero interno estaban convencidos de lo contrario.

Las cartas que habían recibido de casa y las que les fueron requisadas, impresionaban a Bogariov por la pobreza de su contenido. En ellas, abundaban descripciones entusiastas del proceso de preparación de carne de pollo, de cerdo, de ganso; se detallaban las cantidades de crema y miel consumidas; aparecían descripciones de paisajes teñidas de sentimentalismo. Algunas de las cartas parecían albaranes de una tienda de manufacturados: «Acuso el recibo de tu paquete con sedas, agua de colo-

nia y ropa interior de mujer. Gracias. No dejes de hacernos llegar con uno de los próximos envíos un jersey de abrigo para el abuelo, aparte de varios rollos de hilo de lana, botas infantiles, etc.».

Pocas veces solían comparecer ante él fascistas que, en cautiverio, encontrasen valor para hacer manifestaciones de fidelidad a Hitler y de fe en la superioridad de la raza germana, llamada a esclavizar a los demás pueblos del mundo. A esos, Bogariov tenía la costumbre de interrogarlos detalladamente. Resultaba que no habían leído nada, ni siquiera folletos y novelas fascistas, que no conocían a Goethe o a Beethoven, y tampoco a pilares del Estado alemán como Bismarck o Moltke, Federico el Grande y Schlieffen, figuras célebres entre los militares. Sólo conocían el nombre del secretario de su organización de distrito del Partido Nacionalsocialista y creían a pies juntillas en que los alemanes eran seres superiores y en que, entre estos, el Führer, Goering y el sabio de Goebbels eran los primeros entre iguales. En consecuencia, se arrogaban el derecho de hollar los trigales que ellos no habían cultivado y derramar la sangre sagrada de los niños, basándose en aquella idea abyecta, propia de ignorantes y totalmente falsa, de su superioridad.

Bogariov estudiaba detenidamente las órdenes del mando alemán, en las que veía una insólita capacidad de organización: los alemanes sabían saquear, arrasar y bombardear de un modo organizado y metódico; sabían organizar la recogida de botes de conserva vacíos en los acantonamientos militares; sabían elaborar el complejo plan de movimiento de una enorme columna, teniendo en cuenta miles de detalles que cumplían con una exactitud matemática. En su capacidad de obedecer de un modo mecánico y de marchar sin cavilaciones, en el

complejo e intenso desplazamiento de aquellos millones de soldados sujetos a una férrea disciplina, había algo animal, impropio del libre raciocinio del hombre. No era la cultura de la razón, sino la civilización de los instintos, un modo de proceder más acorde con la organización de las hormigas y de los animales que viven en rebaño.

Desde que se encontraba en el ejército, Bogariov, entre la gran masa de cartas y documentos alemanes, había encontrado únicamente dos misivas (una enviada por una mujer joven a un soldado y otra de un soldado que no llegó a enviarla) con ideas exentas de automatismo, con sentimientos libres de vulgaridad repugnante; cartas llenas de vergüenza y amargura por los terribles crímenes que cometía el pueblo alemán.

Una vez tuvo que interrogar a un viejo oficial, antiguo profesor de literatura, y este también resultó un hombre pensante que odiaba sinceramente al hitlerismo.

–Hitler –dijo a Bogariov– no es un creador de valores nacionales, es un usurpador. Se ha apoderado de la laborteriosidad y de la cultura industrial del pueblo alemán como el bandido ignorante que roba un magnífico automóvil construido por un ingeniero.

«¡Nunca, jamás –pensaba Bogariov–, lograrán vencer a nuestro país! Cuanto más exactos sean sus cálculos en los detalles y menudencias, cuanto más matemáticos sean sus movimientos, tanto mayor será su impotencia para comprender lo esencial, tanto más atroz será la catástrofe que les espera. Planean pequeñeces y detalles, pero sólo piensan en dos dimensiones. Artesanos metódicos, es lo que son. En la guerra, que ellos han desatado, no han llegado a conocer las leyes del movimiento histórico, y estas no pueden llegar a ser conocidas por gente que simplemente se deja llevar por sus instintos y por el más bajo utilitarismo.»

El vehículo circulaba cortando el aire fresco de los oscuros bosques, a través de puentecillos tendidos sobre tortuosos riachuelos, por valles envueltos en niebla, bordeando calmosos lagos en cuyo fondo titilaban las estrellas del inmenso cielo de agosto. El chófer dijo en voz baja:

–Camarada comisario, ¿se acuerda del soldado que bebía agua del casco, aquel que estaba sentado sobre el cañón? Pues se me ha ocurrido que es posible que fuera mi hermano. Sólo ahora he comprendido por qué me llamó tanto la atención.